15. Eso para mí era como un sueño

César Augusto Tapias Hernández

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

TAPIAS HERNÁNDEZ, C.A. Eso para mí era como un sueño. In: *Historias de familia: Etnografía delirante sobre el amor, la violencia y las drogas* [online]. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2014, pp. 63-66. Textos de ciencias humanas collection. ISBN: 978-958-738-543-4.
<https://doi.org/10.7476/9789587385434.0016>.

All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

15. Eso para mí era como un sueño

—¿Y el amor?

—*Albergar un hermoso sueño y comportarse de la forma más insensata posible.*

Aloisa Kirschner, en *Ocho escenas de Tokio*, Osamu Dazai

—Estar ahí sentada al lado de un novio como dos horas mientras me visitaba me parecía algo muy aburridor. Yo prefería estar por ahí brincando con las amigas; pero la verdad es que mi mamá no nos dejaba tampoco, entonces no me animaba. Yo, de por sí, era muy tranquila para eso de los amores: si estaba con novio bien, si no, también.

—¡Qué tranquilidad! —le reprocha Rigo, el esposo de mi tía Rubi.

Y fue la tranquilidad como una característica personal la que originó esta historia pues, al parecer, Yonnatan, el hijo mayor de esta pareja, es igual de tranquilo con sus novias como lo fue mi tía Rubi en su noviazgo con Rigo, hace veinte años atrás...

Yonnatan es “malito” para el estudio. Por estos días en que perdió el año, antes de reiniciar el colegio, sus papás lo tienen trabajando en la construcción con un vecino del barrio. ¡Pa’ que sufra!

—¡A ver si el esfuerzo lo aterriza y rinde más!

Apenas hace poco que llegó del trabajo/castigo y mientras se cambia para ir a jugar fútbol, habla por teléfono con su novia, quien al parecer esperaba verlo; pero Yonnatan ha decidido mejor irse a jugar. Su nena protesta; el primo le dice: “¡si le sirve, voy mañana!”

Y la tía sonríe. Me cuenta que se preocupa más Rigo por las novias de Yonnatan, que el propio Yonnatan. ¡Bacano! ¡Qué se va a uno a amargar la vida desde ya por una mujer! Mejor ir a darle patadas a la pelota de fútbol. Aunque la pelota pateada por hombres... Lo femenino contra lo masculino... Tal vez es la preparación para

un asunto relacional de géneros.... Yonnatan piensa que ya habrá tiempo para eso, si es que realmente llega a haber algo más importante que el barrio, los amigos, el juego... Así pensaba mi tía, doña tranquilidad, para quien tener novio era como jugar... y, sin embargo, ¡se casó!

—Yo tenía 23 años cuando eso, y mi papá me decía que estaba muy joven para casarme, que debería tener otros novios.

En realidad, tanta generosidad era porque a los abuelos no les gustaba mucho Rigo como compañero eterno para mi tía.

—Gélica era diciéndome que para qué me iba a casar con él ¡¿cómo era de celoso?! ¡Para mantenerme encerrada!

Y cuenta el mismo Rigo que hasta de entrometida llamó a la abuela Gélica por cuenta de ese comentario. Entonces empezó a jodersele la relación hasta con mi abuelo Fonso.

—Ocho días antes del matrimonio —recuerda Rubi— Osorio, Willi y Raúl le hicieron la despedida de soltero. Bebieron desde el día anterior abajo en la ace-ra. Cuando eso, los novios no nos podían visitar si mi papá estaba trabajando de noche. Era supuestamente una orden de mi papá; pero él ahora dice que no, que eran cosas de mamá.

Y, todavía hoy, Rigo se queja porque la imposición era solo para él, y para ninguno de los novios de las otras muchachas.

—Esa vez, al Rigo le da por subir a la casa con una cerveza y en ese momento llega mi papá y se le queja: “usted que va a ser parte de esta familia y dando ese ejemplo. ¡No sea sinvergüenza!”. Y que se fueron a las palabras y después a las manos...

—¡Tíreme, don Fonso, tíreme!, que usted no me conoce sino la sonrisa.

Según Rubi, el abuelo casi ahorca a su novio aquella noche. Él, en cambio, no dice nada respecto a esta versión; mejor destaca con ironía que, hoy por hoy, ese par de viejos, mis abuelos, lo quieren mucho. Y la verdad, parece cierto. Después de todo, cualquier padre desea el bienestar para sus hijos. Y no es por nada, pero Rigo tiene viviendo muy bien a su familia. Han enfrentado dificultades económicas, pero ahí van.

El noviazgo a lo mejor nunca fue nada en serio para la tía, hasta cuando su novio tuvo que irse al cuartel...

—Ahí sí lo valoré, cuando ya no estaba! —dice Rubi.

Antes, cuando eran novios y rompían, la tía conseguía otro chico... y después volvían.

—Fíjese usted. A mi mamá nunca le han gustado las personas negras; pero me dejaba charlar con uno, seguramente por lo celoso y lo problemático que le parecía Rigo... Una vez yo le compré una camisa de regalo, y en un baile, como yo casi no bailaba con él, de la rabia, se fue hasta la otra esquina y rasgó la camisa.

El otrora novio, ahora esposo, sonrío en silencio, un poco apenado, pero comprensible. Enamorado se hacen cosas ridículas.

—Otro día terminé saliendo con un vecino. Yo tenía 16 años; él, 27. Resulta que salí con mi hermana Melia para el centro de la ciudad y ella convidó a ese muchacho. Ella se fue comprar un regalo y nos dejó a él y a mí en una heladería, esperándola. Ahí me dijo que yo le gustaba. Por entonces, Rigo era muy amigo de la familia de los Madrigales... Una familia de vecinos que hacen música, y como Rigo les colaboraba cuando tocaban... En un baile que hubo con ellos, ahí estaba Rigo todo celoso, parado en la puerta, como para no dejarme bailar. Entonces yo le dije al muchacho este que mejor me iba para evitar problemas; sin embargo, me quedé con él un ratico en la puerta de mi casa antes de entrar. Al otro día me llamó el muchacho ese como a las 10 de la mañana. Que saliera, que me que me asomara a verlo...

—¡Ve lo que me hizo el monito ese, el novio tuyo!

Pacheco, otro vecino, le había prestado un cuchillo a Rigo, con lo que se le fue encima al muchacho amigo de mi tía...

—Aunque creo que fue con una piedra que Rigo lo lastimó, justo debajo del ojo derecho.

—Lo más verraco es que él todavía tiene esa cicatriz... —dice Rigo.

—¡Esa fue la única vez que Rigo peleó por mí!

—Y con su hermanito H, ¿qué? —interviene de nuevo su esposo.

Esa pelea con mi tío H, bien podría ser otro capítulo de este álbum familiar, pero mejor resumirla: eran los años ochenta en El Pedregal... Como en un poema de Helí Ramírez.

Una pelada muy marihuanera le dijo a H: “ese monito novio de tu hermana tiene otra vieja con dos pelados por allá en Niquía”. Y mi tío, todo solidario, a la defensa siempre de los intereses de la familia, se fue a buscar al Rigo; pero mi tío terminó corriéndole a Rigo...

Lo persiguió hasta el barrio de La Maruchenga acompañado incluso de la Policía. Querían sacar de por allí a mi tío H y, de paso, a tanto lumpen.

¡Qué vaina con mi tío!

Luz, su esposa, me contó que por aquellos días sorprendió a mi tío borracho, llorando, como enloquecido, diciendo que nadie lo quería y que toda su familia lo

rechazaba. Pero Rigo sí tenía una vieja por allá en Niquía; no era su amante, sino una hermana suya, y los pelados, sus sobrinos.

—Nos casamos, y por el problema ese de mi papá con Rigo, mi mamá —pobrecita— era diciéndonos que no nos fuéramos a ir por ahí de rebeldes, que mi papá nos tenía preparada una reunioncita en la casa, que nos quedáramos.

—Ya casados —dice Rigo— un tiempo estuvimos viviendo por los lados del barrio 12 Octubre, por la cancha de la Ediluz. Luego nos conseguimos un apartamento en Niquía, al norte. Aunque debimos regresar al barrio El Pedregal, primero por dificultades del embarazo de Yonnatan; después porque nos cogieron la casa a bala unos ladrones que se nos querían meter... Nos fuimos por el miedo de Rubiela, y nos regresamos porque nos aburrimos... Y es que El Pedregal, Florencia y Santander, eran barrios más calientes que Niquía. Ahora regresamos de nuevo y muy bien... Aunque resulta un poco maluco bajar a Medellín: atracan mucho dentro de los microbuses. Entonces camino hasta el metro, y de una llego hasta la fábrica.

Rigoberto Osorio estuvo trabajando en Haceb, una empresa de electrodomésticos por lo menos unos quince años, hasta que la empresa comenzó una serie de cambios típicos de la globalización del capital... Que lo dejaron por fuera... como a muchos otros. Y a punta de préstamos ha levantado su casa, la ha pintado y la ha amoblado... Ya tiene una familia grande que incluye nietos. Cuando me decidí visitarlos para conseguir esta historia, todavía vivían en Niquía. Han regresado al barrio El Pedregal. Sigue trabajando y amando a su familia. Sigue endeudándose. Y Yonnatan, después de ganar los años restantes del colegio, también se hizo policía, como otros primos.

Recuerdo mucho a Rigo con una cámara de video que consiguió... Tal vez sea con sus ahorros o con lo que le dejó la empresa... Siempre grabando todos los encuentros de la familia. Pienso que esta historia guarda el mismo sentido que las imágenes que ha logrado de nuestros encuentros. Recolectamos hechos pasajeros para no olvidar lo que hemos sido en medio de esta búsqueda por seguir siendo.